

LAS CENIZAS DEL FILÓSOFO

SANTIAGO GALLEGO

A Adriana López y Manuela Alarcón

*Quien imagina que se destruye lo que ama, se entristecerá,
pero si imagina que se conserva, se alegrará*
Spinoza, *Ética*, III, Prop. XIX

Hace más de dos meses, el 28 de junio de 2018, murió a sus 69 años el filósofo Jairo Alarcón: mi suegro. Desde entonces, la urna que contiene sus cenizas no ha parado de moverse: estuvo en su apartamento, ha transitado por diversos lugares del nuestro, fue a la Universidad de Antioquia, fue al campo y regresó a Medellín, y pasó unas horas en un bar de tangos para asistir a un homenaje que le hicieron sus amigos. Casi puede decirse que la urna con las cenizas de Jairo ha viajado más que él cuando estuvo vivo.

Al principio, construimos un pequeño altar doméstico mientras decidíamos dónde depositar las cenizas. En la sala de nuestra casa la urna estaba rodeada por las figuras en madera del Quijote y Sancho, las gafas redondas de Carey que Jairo usaba, los últimos billetes de lotería que compró, su marcador y borrador de profesor, uno de sus infaltables radios SONY, un portavaso del Patio del Tango y su reloj de pulso.

Sin embargo, tras tantos ires y venires, fuimos guardando los objetos y la urna terminó instalada en una repisa de nuestro cuarto, al lado de las camisetas limpias todavía sin doblar. Lo cierto es que aún no sabemos cuál es el lugar más propicio para garantizar la “morada eterna” de mi suegro, y los amigos y familiares

ya nos preguntan, con prudencia menguante: “¿Todavía tienen las cenizas en la casa?”.

Estoy seguro de que Jairo se divertiría macabramente con este itinerario suyo desde la solemnidad de la muerte, vencida por cada día que pasa, hasta la cotidianidad de la vida, prosaica y envolvente. Al escuchar la historia, se habría tomado la cabeza con las dos manos y le habría salido una risa desde muy hondo, antes de gritar: “¡Ay no, hombre!”.

Después de la cremación, la primera salida de las cenizas fue hacia un auditorio de la Universidad de Antioquia, donde le hicieron un homenaje “Al maestro de maestros”. La asistencia superó las expectativas y muchas personas terminaron sentadas en las escaleras, escuchando los perfiles sobre Jairo Alarcón escritos por colegas, amigos, estudiantes y familiares. Su pupilo más cercano, Andrés Acosta, que lo acompañó a lo largo de sus siete meses de enfermedad, lo recordó así:

[...]. José Jairo Alarcón Arteaga, un maestro de la vida, otro de esos filósofos que prescindieron de la escritura, que decidieron no dejar constancia de sus ideas de mundo en el papel. La palabra hablada fue su herramienta de enseñanza, y aún más, su estilo de vida fue su obra, obra fundamentada en la sencillez y la coherencia.

En el aula, nuestro filósofo vivía la sabiduría, llevaba a los estudiantes a plantearse las preguntas fundamentales de los textos, hablaba de la existencia como pregunta esencial, de las situaciones del día a día, se reía de sí mismo, recordaba sus desgracias, alzaba la voz para hacer énfasis en algún comentario a tener en cuenta. Todo constituía el mejor ambiente para que el mensaje de la filosofía y la literatura se transmitiera de una manera más amable, más cercana a la sensibilidad de quien escuchaba las lecciones de alguien que sentía profunda pasión por lo que hacía.

Esa misma personalidad la reflejaba en los pasillos caminando con las manos atrás, haciendo pausas cada tanto para hablar con él mismo o para fijarse detenidamente en algo. Con su estilo defendía la lentitud, que, bien asumida, permite el asombro, la reflexión y la contemplación [...].

Por su parte, su amigo Asdrúbal Valencia, ingeniero con mirada de acero y autor pantagruélico de más de quince libros sobre el tango, lo celebró con estas palabras punzantes y genuinas, musicales y hermosas, que no me canso de leer:

Lo nuestro fue un diálogo incesante, como decía Jairo, y en él estuvimos inmersos varias decenas de años. ¿De qué hablábamos? De todo, desde la comodidad de los zapatos y las camisetas, la calidad de los radios portátiles y los relojes de pulso, hasta el significado de la existencia; de nuestras pequeñas vidas —y de los que las han compartido—, de la universidad, de la ciudad, de la sociedad, el país, el mundo y el universo. Y a veces llegábamos al universo del tango y allí nos perdíamos. Porque este era uno de los varios y amplios ámbitos que compartíamos plenamente, como la literatura o la contemplación de la ciudad y sus expresiones.

Era un extraño diálogo entre un pragmático ingeniero de origen campesino y un filósofo nefelibata, venido de un pueblo grande, y quien, como Max Jacob, decía que “el campo es ese horrible lugar donde los pollos se pasean crudos”. Era, a veces, la conversación entre la física y la metafísica. Pero no solo compartíamos ideas, sino también libros, tragos, asados, canciones, amigos, afectos y —algunas veces— decepciones y desafectos, porque un hombre tan suavemente pacífico como Jairo también sufrió con la arrogancia, la estupidez o la insensibilidad de alguna gente... Pero, a diferencia de mi carácter hirsuto, el suyo era modulado y sereno, y, por eso, más bien sufría en silencio. Y analizaba esos personajes, porque, como decía citando a Heidegger, “la esencia tiene que manifestarse”.

De modo que conocí de Jairo todo lo que era dable conocer, incluidos sus pequeños secretos, y con él recorrí su Manizales de malva, pues me enseñó con amor su tierra de azucenos y me presentó a familiares y viejos compañeros. Y en esta Medellín, que fue su segunda patria chica, frecuentamos los lugares cotidianos de la universidad y sus alrededores, nuestros hogares, los sitios de tango, los escenarios, las cátedras, los congresos y rituales y hasta lugares *non sanctos*, y sufrí con sus angustias, y sentí el amor por sus dos mujeres (Manuelita y Adriana); me alegré con sus borracheras y sentí su afecto profundo y la manera como se solidarizó con mis quebrantos y mis penas.

Supe de su humor y cómo decía, cuando no quería volver a un lugar o a una actividad, “Yo ya fui”, y que, cuando se retirara —cosa que no estaba en sus planes ni siquiera la noche previa a su muerte—, pensaba poner una fábrica de epitafios.

Él frecuentaba mi casa y le gustaba mucho lo que cocinaba Gloria, sobre todo el arroz, y cuando mis hijos estaban chicos vivían fascinados con él, lo llamaban “Arrocito”, y cuando Jairo lo supo, dijo que era un nombre muy adecuado para un taoísta como él... [...].

Sobre la trascendencia de las ideas de Jairo y su desempeño académico, gremial e intelectual, en general, hay personas mucho más autorizadas que han dejado y dejarán constancia de ello. Yo solo quiero recordar al magnífico ser humano que fue nuestro amigo; contener las lágrimas al dimensionar el casi infinito hueco negro que deja en mi vivir [...].

Un estudiante suyo publicó en las redes sociales un mensaje espontáneo cuando se enteró de su muerte; escrito a una mayor distancia que los perfiles anteriores —pero no inferior en admiración y cariño—, este recuerdo completa el retrato:

Todas las clases de Filosofía en la U de A tenían en promedio doce cupos. Pero la clase de Spinoza de Jairo Alarcón, infaltable cada semestre desde tiempos recónditos, abría más de cuarenta. La demanda por el profe Alarcón era notable. Yo alcancé a ver tres clases con él: la sabida clase de Spinoza, un curioso curso de Ética III (teniendo en cuenta que nunca hubo I o II) y su otro infaltable seminario de Filosofía y Literatura. Su gusto por Molière, su profundo conocimiento de la tradición filosófica, la concordancia de tener una vida hecha filosofía (cosa bastante rara en este árido ámbito académico), su humor destornillante y lleno de ocurrencias únicas, sus confites en

clase para premiar a los estudiantes que respondieran bien a sus preguntas repentinas, sus caminatas con las manos atrás y su mirada perdida quién sabe en qué cuestión de la existencia van a hacer mucha falta.

El homenaje fue posible gracias a la gestión de Norma Guzmán, secretaria histórica del Instituto de Filosofía, quien tuvo una larga y estrecha relación con Jairo. Según ella, él había consentido que sus cenizas se enterraran junto a un inmenso guayacán de la universidad. Y aunque Jairo nunca fue un hombre bucólico —eran las empresas humanas las que llamaban toda su atención—, la idea no era del todo descabellada: al fin y al cabo, la universidad era su lugar más querido, adonde iba incluso en vacaciones.

Es elocuente que al principio de la enfermedad —cuyo fin inevitable e inminente era más o menos claro para todos, a pesar de nuestros deseos tercos—, Jairo solo expresara dos anhelos: primero, poder dar clase de nuevo, y segundo, hacer una vez más el programa de tango que tenía en la emisora de la universidad desde hacía diez años. Desafortunadamente, lo primero nunca pudo cumplirse. De manera que, para Jairo, estudioso del estoicismo, la resignación frente a la enfermedad no implicó renunciar a la vida o a la ensoñación del futuro; ¿por qué, siendo el futuro una idea buena, tendríamos que prescindir de él en la enfermedad, cuando las cosas buenas parecen ser tan pocas?

Pese a ello, nunca discutimos qué haríamos con sus cenizas cuando muriera (tal vez porque Jairo podía decir, como el poeta, “No tengo preferencias para cuando no pueda tener preferencias”). Solo una vez lo escuché referirse a él mismo en su forma póstuma. Estábamos almorzando y dijo, burlescamente:

—¡Manu, Manu! Cuando el papá esté así: —A continuación cruzó los brazos sobre el pecho, abrió la boca y cerró los ojos unos segundos, mientras le ganábamos por un instante la batalla perdida a la muerte, riéndonos de ella. A Jairo siempre le gustó hacer reír a los demás mientras él mismo permanecía impávido como una momia, escuchando las carcajadas ajenas.

Desde que lo conocí, Jairo hablaba con frecuencia de la muerte: la de su mamá, la de sus colegas y la de los tangueros conocidos. La tenía, como recomendó Montaigne, tanto en la imaginación como en la lengua.

Cuando al principio de la enfermedad un

médico de cuidados paliativos lo visitó y lo escuchó decir tranquilamente que no tenía miedo de morir, el especialista desestimó el aserto y aseguró, con algo de condescendencia, que ese momento de temor llegaría... Falso: contrario a las leyendas sobre filósofos que antes de morir se arrepienten de sus pensamientos públicos y lloriquean o se dan bendiciones con los ojos desorbitados, Jairo Alarcón fue hasta la última exhalación un hombre sereno, convencido de que la razón era un medio poderoso para vivir bien. Nada más cierto, en su caso, que aquello de “murió como vivió”.

Además, como siempre había pensado en su muerte, tenía preparado ese momento y dejó un sobre de manila cerrado para que se abriera tras su deceso. Un remolino de prejuicios entre literarios y telenovelescos resonaron en mi corazón cuando Manuela y Adriana abrieron el sobre, que solo contenía una lista escueta con los pasos burocráticos a seguir y los números telefónicos a marcar. No pude ver en esas frías indicaciones más que otro gesto del oscuro humorismo de mi suegro.

El dependiente de la funeraria se extrañó cuando solo solicitamos una cremación, sin incluir ninguno de los múltiples servicios que la póliza cubría: ni coches fúnebres, ni velaciones extensas, ni, en fin, ceremonias de ningún tipo (“¿Podría responder una encuesta sobre por qué no quieren esos servicios? Es que esto no es común y me van a preguntar por qué”, oímos decir del otro lado de la línea).

Al día siguiente la urna estaba en la casa de Jairo y los amigos fueron llegando uno a uno. Lo más parecido a una oración fue la lectura que hicimos en voz alta del prólogo del *Quijote* y de la escena final de la novela, en la que Alonso Quijano se reconoce cuerdo y Sancho le pide que no se muera (“No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía”). Al terminar la lectura, Asdrúbal Valencia cerró el libro con violencia y comentó:

—El que se murió cuerdo fue Quijano... ¡Por eso Jairo siempre insistió que Cervantes no mató al Quijote!

La vida del muerto no termina con la cremación del cuerpo, sino que se prolonga tenuemente en sus pertenencias. Jairo ya estaba en una urna, en la sala de su casa junto a una foto en la que miraba su reloj de pulso, pero su voz grave se podía oír al mirar a cualquier lado: estaba en *La Pietà* que tenía en su cuarto, en sus

radios portátiles, en el escritorio de madera con la máquina de escribir, en sus relojes viejos y en sus libros. Su olor a agua de Colonia todavía se sentía en todo el apartamento. Yo miraba el jardín y casi podía verlo allí sentado en su silla Rimax, flaco, recibiendo el sol.

Tal vez por eso, el proceso de elegir cuáles de esos objetos huérfanos conservaríamos y cuáles no vino a representar como una segunda muerte. Jairo siempre fue alérgico a lo suntuoso y, en cambio, predicaba y practicaba la sencillez —que en su caso era todo lo contrario a la despreocupación o al descuido—: sus zapatos blancos marca Croydon, sus *jeans* y camisas Carrel, su búsqueda incesante de lo que llamaba “suelitas” (restaurantes humildes, buenos y baratos) y su gusto exclusivo por el aguardiente eran características de su estilo modesto y calculado. Todas sus pertenencias seguían el mismo principio de la humildad, incluyendo su biblioteca.

En total, no tenía más de quinientos libros; el coleccionismo siempre le despertó más recelo que admiración y nunca estuvo interesado en conocerlo todo ni en acceder a las rarezas de los círculos herméticos. Más de una vez me repitió su criterio libresco: “Tengo pocos libros, pero los tengo bien leídos”. No obstante, en medio de los clásicos usuales de filosofía y literatura, encontré un par de curiosidades que de cierta forma ilustran lo que fue su carácter. Una biblioteca puede equivaler a un retrato, y, si esta es austera, los rasgos del dueño son todavía más nítidos.

En primer lugar, encontré un libro de título escabroso: *Somos todo lo que dicen de nosotros, pero peor* — más escabroso aún si se considera que su autor es José Obdulio Gaviria—. Una vez le pregunté a Jairo por esa obra autografiada y me contó que, recién llegado a Medellín tras terminar su pregrado de Filosofía en la Universidad Nacional de Bogotá, había conocido y trabado amistad con Gaviria, a quien recordaba como un joven liberal, estudioso, con inclinaciones políticas de izquierda. Aunque no se explicaba su metamorfosis posterior, nunca cedió a la tentación de la maledicencia (ni con José Obdulio ni con ninguna persona que habitara un lugar ideológico distinto al suyo). Creo que su esfuerzo por ser justo le evitó caer en la desmesura del odio o del desprecio, y siempre le reconoció algún mérito, aunque fuera pequeño, a todo tipo de personas antipáticas. Así, su obstinación por alejarse del sectarismo lo acercó a los círculos más disímiles y en apariencia irreconciliables: le interesaba más comprender al otro que hacerlo cambiar de opinión.

En segundo lugar, los libros de poesía ocupaban una parte importante entre los otros. Había varias obras de Juan Manuel Roca, Elkin Restrepo y José Manuel Arango (unos versos de *Signos* estaban subrayados: “la noche, como un animal / dejó su

vaho en mi ventana”). En esos libros estaba presente su amor por las imágenes, su preocupación por la precisión del lenguaje y su interés por los temas urbanos. Esos poetas, y muchos otros escritores, fueron cercanos a Jairo Alarcón: él no veía en sus contemporáneos a enemigos, ni a competidores, ni a productores de segunda categoría comparados con “los clásicos”; al contrario, las personas que compartieron el mundo cultural de Medellín con él siempre le despertaron curiosidad y gratitud. No era un paria ni tenía vocación de anacoreta.

Por último, una sección más bien atípica incluía la Biblia, el Corán, el I Ching, El libro del Tao y Los cuatro libros clásicos de Confucio, además de textos budistas y compilaciones de haiku. La búsqueda de Jairo por la sabiduría no se circunscribía a la producción europea; de allí que hubiera tenido algunos desencuentros con unos pocos colegas a lo largo de los años: los tuvo que intentar persuadir, cada tanto, de que el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia no quedaba en Heidelberg. Alguna vez, cuando propuso dictar un seminario para estudiar el Tao, por ejemplo, ciertos germanófilos levantaron su voz de indignación:

—Decían que eso no era filosofía —me dijo—. Yo les decía que los textos estaban ahí, para leerlos y estudiarlos. Y entonces estudiamos el Tao como cualquier hijo de vecino.

La heterodoxia en sus lecturas no era más que la continuación de su pasión por el diálogo y la indagación en los mundos extraños. Una vez dijo en una entrevista:

—Me gusta oír a todo el mundo. Tengo pasión por oír al hombre del común. Muchos profesores solo hablan con profesores, y eso no es ilegítimo, pero a mí me gusta oír al hombre común. Cada que puedo lo oigo. Me gusta saber cómo siente, qué piensa, cómo percibe el mundo.

Trajimos a nuestra casa, pues, las cenizas, los libros, los muebles, las pequeñas cosas. Y en los días siguientes, revisando papeles, organizando carpetas y haciendo balances, mi tristeza se hizo más profunda y etérea: no solo sentí una desolación personal por la pérdida de mi suegro, sino una suerte de tristeza social y ciudadana por lo que Medellín había perdido con su muerte.

Jairo fundó la primera revista de filosofía del Instituto (*Estudios de Filosofía*); creó las llamadas “Lecciones de Noviembre” (un ciclo de conferencias de filosofía con fines divulgativos, que todavía se realiza cada año); participó en las charlas del Aula Abierta de

la Biblioteca Pública Piloto y fue miembro activo del comité editorial de la *Revista Universidad de Antioquia*. Incluso fue presidente de la Asociación Colombiana del Tango. Y, sobre todo, fue profesor: uno que tuvo la fortuna de querer su trabajo y ejercerlo por convicción y no por falta de otros talentos. Al recibir la distinción a la excelencia docente, en 2009, Jairo dijo esto del oficio:

—El profesor es garante de la memoria de la humanidad y por ello estoy seguro [de] que tiene una acción humana muy importante, invaluable y difícil de descifrar, que además bordea la archivística y el teatro, porque también somos inventores de estrategias para mover las pasiones del otro y para tratar de trasladar al otro nuestras pasiones.

Ajeno a cualquier tipo de arrogancia, pero justo con él mismo, esto diría sobre esa distinción:

—Recibí ese premio con una mezcla de humildad y certeza. La certeza de que la universidad no estaba cometiendo una barbaridad. Que yo había trabajado con tesón y había aplicado mi intelecto a tratar de hacer algo bien.

Unos meses antes de morir, Jairo había comenzado con sus amigos un proyecto editorial de nombre memorable: Esquina Tomada. Fue uno más de sus intentos por hacer menos pobre a esta ciudad.

Después del homenaje en la universidad, quisimos enterrar las cenizas en la casa de campo del Carmen de Viboral y llevamos la urna a ese lugar. Allí podríamos estar más cerca de Jairo, pensamos inicialmente. Allí seguiría viviendo Adriana y allí estaban Mela, la perra, y Flora y Rincón, los gatos. Y luego nos dijimos: el cielo azul, el silencio interrumpido solo por el canto de los pájaros y por el sonido de las herraduras chocando contra las piedras, las volutas de humo saliendo a lo lejos de los humildes hornos de leña, los últimos arrieros trasegando los caminos de nuestras montañas... tal vez ese no era el paisaje más compatible con la vida y la sensibilidad de Jairo.

Para él, el campo fue una pausa necesaria y autoinfligida en medio de la agitación de su vida citadina, que amenazaba con excederlo. Le gustaba tan poco el campo que su excusa favorita para devolverse temprano a Medellín cada domingo, por cualquier medio, era que al día siguiente debía asistir a una reunión importantísima. Nunca le interesó la paciente contemplación de los atardeceres, ni participar en fogatas, ni las caminatas revitalizantes por los sinuosos caminos veredales. En su lugar, permanecía dentro de la casa todo el día, leyendo el *Discurso del método* o escuchando la radio. Y aunque se preocupaba por la salud y el bienestar de las mascotas, no las llamaba por sus nombres, sino que se

refería a ellas como “los animalitos”: uno de los pocos diminutivos que se permitía.

De los tres animales, Rincón fue el más cercano a Jairo. Al verlo, el gato negro comenzaba a maullar de manera desconsolada, como si fuera un convicto pidiéndole clemencia a un juez en una ópera. Jairo veía el gesto con cierta resignación y nos anunciaba, al prever nuestro reproche por ceder a la manipulación felina:

—Voy a darle una merienda al animalito.

A continuación, les servía a todos una porción desproporcionada de cuidado, intentando que ese exceso acallara los lamentos de Rincón, que lo herían como el sonido metálico de un cuchillo contra un plato. Por lo demás, Jairo no acariciaba al gato como si lo arrojara la tersura de una alfombra, sino que apenas era capaz de darle unos toques torpes en el lomo, como si fuera un niño tocando un gato por primera vez.

En breve, después de ese fin de semana la urna con las cenizas volvió a la ciudad con nosotros, recorriendo lentamente los sesenta kilómetros que hay entre el Carmen de Viboral y Medellín.

Una mañana recibí en mi casa a Alberto Gómez, el taxista anarquista que había transportado a Jairo durante muchos años y con quien tenía una larga amistad. Lo ayudé a meter la urna con las cenizas en una bolsa del Éxito para evitar accidentes y Jairo se fue por última vez a El club de los tranquilos, toda una tarde. Sus amigos más cercanos querían tomarse un último trago con él.

Más que un hombre “de familia” y “de la casa”, Jairo era un hombre “de amigos” y “de la calle”. Sus mejores amigos no fueron sus colegas del Instituto, sino muchos profesores de otras Facultades y personajes variopintos de la ciudad, en quienes brillaba y aún brilla esa individualidad propia de la locura. A lo largo de los meses de la enfermedad vi pasar por la casa de Jairo, entre muchas otras personas, a un grave filósofo de la ciencia, a un profesor de inglés que cuidaba pollos en Connecticut, a un exatleta olímpico, a una estudiante melancólica (“Está haciendo la tesis sobre la vejez”, dijo Jairo subrayando la ironía), a un experto en música ecuatoriana, a dos enfermeras bohemias, a una economista elocuente, a un joven filósofo que sufría de vértigo, a un centroamericano que había estudiado diseño gráfico en la Unión Soviética y a una famosa actriz de teatro. Alguna tarde le hice notar a Jairo lo numerosos y diversos que eran sus amigos y él concluyó:

—A algunas personas les gusta tener a los amigos troquelados. A mí no.

Ninguno de ellos era presuntuoso, y la jactancia era un vicio que le molestaba a Jairo, con todas sus

variantes y manifestaciones (de los políglotas, por ejemplo, afirmaba con escepticismo: “Uno puede ser una mala persona en cinco lenguas distintas”, e imitaba la presunta profundidad de ciertos germanófilos: “El fin que, cerrándose, se abre, convoca la oscura luminosidad que alumbraba en la penumbra...”).

El club de los tranquilos, entonces, fue el último sitio adonde viajaron las cenizas, pero igual podían haber estado en cualquiera de los otros lugares que Jairo visitaba con frecuencia: Homero Manzi, el Salón Málaga, La Buerta, Ambrosía, La cabaña del recuerdo, Sentimiento Gaucho o La ruana.

Además de la pasión por el estudio y la enseñanza de la filosofía y la literatura, el tango estuvo siempre presente en la vida de Jairo y fue la banda sonora de sus días. Sin embargo, era un porro de Noel Petro, “Juan Onofre”, el que accionaba no sé qué mecanismos internos en él y lo hacía levantar de la silla, aplaudir, cantar a los gritos y hasta mover los pies como si estuviera bailando. Durante estos días tristes nos preguntamos por qué esa canción causaba tal efecto. La reproducimos y escuchamos con atención: “Por ahí viene Juan Onofre / Con su facha sin igual / Caminando muy derecho y sin dejar de cantar / A cualquier hora del día / Oímos a Juan Onofre / Que entona su melodía y repite sin cesar: / ‘Dónde están los pajaritos, en aquel árbol están, todos ellos se volaron, con el tiempo volverán’”. El cantante-narrador se dirige luego al protagonista de la historia y le dice, socarronamente: “Llaman por teléfono, Juan Onofre, ¡que a ti te gusta mucho!”. Entonces creímos entender lo que nunca, por desatención, habíamos entendido: Juan Onofre era el loco de un pueblo, que iba cantando por ahí la misma tonada. Esa imagen cautivaba la imaginación de Jairo y lo hacía saltar de emoción.

No en vano, siempre repetía, al hablar de literatura (principio que también se aplica, me parece, a él y a sus amigos y a la vida):

—Los argumentos están en todas partes. ¡Lo importante es el personaje!

Jairo era, tal como lo dice la frase hecha pero verídica, “un personaje”. Así lo recordó Manuela Alarcón en el homenaje de la Universidad de Antioquia:

Voy a empezar este breve comentario con una intimidad: mi papá también hablaba dormido. En ocasiones, sus elucubraciones y conversaciones dormido eran tan acaloradas que en la casa nos despertábamos pensando que le había pasado algo.

Nunca le pregunté qué soñaba y pocas veces él se refería a sus sueños. Sin embargo, cuando le diag-

nosticaron su enfermedad me empecé a interesar por ellos. ¿Qué sueña un hombre al que le dicen que se morirá pronto?

“¿Papi, dormiste bien?”, le preguntaba cada día. Para mi sorpresa, siempre lograba dormir (y hablaba dormido, como siempre). Entonces traté de oír sus conversaciones provenientes del mundo de los sueños, pero eran fragmentadas y dispersas.

Una noche ya cercana al día de su muerte, mi papá dijo claro y seguro, como si su voz viniera de la vigilia y no del sueño: “Saquen una hoja: primera pregunta...”.

Espero que esas difíciles noches de la enfermedad hayan sido la continuación de su vida como maestro, porque la muerte para él era ausentarse de la universidad y dejar a sus amigos.

Por esto, quiero agradecer a la Universidad de Antioquia por ser su casa. A sus amigos, que fueron su felicidad. A sus alumnos, su razón de ser.

Gracias por haberle dado la vida que él quiso vivir.

La urna blanca permanece al lado de la ventana y desde acá se ven los árboles altos, firmes pero maleables, llenos de hojas verdes. Pronto haremos algo con las cenizas. Los “restos mortales” de Jairo Alarcón se mezclarán con la tierra o permanecerán en un osario y nos quedarán sus libros, sus cosas y unos recuerdos. Justamente, quisiera terminar con un recuerdo de Jairo que Manuela me contó hace mucho tiempo y que se me ha quedado grabado desde entonces. Un recuerdo ajeno puede herirnos de una forma más profunda y sutil que uno propio. En este recuerdo, que me entristece y alegra, veo nítidamente a mi suegro.

Al lado de la Universidad de Antioquia está el Parque Norte, el pequeño parque de diversiones mecánicas de Medellín. En las tardes de los violentos años noventa, Jairo llevaba allí a su hija Manuela cuando era una niña. Ella se sentaba en el carrito de la montaña rusa y él se quedaba afuera, contemplándola. Los nervios no le permitían subirse, pero la razón le impedía prohibirle la adrenalina a su hija: en esos momentos el corazón de ese profesor de Spinoza debía agitarse como un remolino. Y entonces, antes de que el carrito comenzara a correr por los rieles metálicos, él le gritaba desde abajo, usando sus manos como un megáfono:

—Manuelita, ¡gárrrese bien! ¡No vaya a sacar las manos! 